

## ¿Cuál era su delito?

**Transcripción de la homilía del P. César Jérez, S.J., rector de la UCA, en la misa celebrada en Managua en memoria de los asesinados en El Salvador, 16 de noviembre de 1989.**

Queridos hermanas y hermanos:

Nos hemos reunido esta tarde para hacer memoria especialmente de los seis jesuitas y las dos mujeres asesinados esta madrugada en El Salvador.

Parafraseando a aquel gran hombre que fue el obispo Romero, que decía un día “si los sacerdotes no murieran en El Salvador, muy mal andaría la Iglesia, porque el pueblo salvadoreño está muriendo”, podría decir yo hoy que muy mal andaría la Compañía de Jesús si no acompañara al pueblo centroamericano con su muerte y con su sangre.

Esto es lo que esta mañana sucedió: seis de nuestros hermanos fueron cruelmente asesinados. Llegaron los cuerpos de seguridad a las 3 de la mañana, pusieron una bomba, los sacaron de sus cuartos, los fusilaron en el patio, a algunos de ellos les sacaron los sesos y los tiraron al suelo. Junto a ellos fueron asesinadas la cocinera y su hija.

Se trataba de una comunidad de jesuitas académicos, dedicados a la vida universitaria, a la formación de la juventud centroamericana. Parece este un cruel grito tropical de “¡muera la inteligencia!”. Así trataron a estos hombres.

¿Cuál era su delito?. Haber dicho la verdad, haber dicho que querían la paz y la conciliación en El Salvador. Con frecuencia a los jesuitas se nos ha acusado de ser teológicamente oportunistas, que allá donde vemos que el triunfo va a llegar a esas filas nos sumamos para salir siempre en caballo blanco. En los 400 años de historia de la Orden, esto nos lo han repetido muchas veces. En este caso, el testimonio de la muerte es lo más elocuente para negar cualquier oportunismo. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos”. Y estos hermanos nuestros dieron la vida por sus amigos, despejando cualquier sospecha de oportunismo. Dieron su vida por la paz y la justicia.

Ignacio Ellacuría había sido y podría seguir siendo un extraordinario filósofo en Europa, en América Latina o donde fuera. Sin embargo escogió serlo en El Salvador. No pocos de ustedes conocieron a Amando López, rector de esta Universidad, presidente de la Comisión de Derechos Humanos de Nicaragua. Aquí están algunos de sus discípulos. “Piocha”, le llamaban. Juan Ramón Moreno Pardo fue también profesor: no pocos de ustedes fueron sus alumnos. Y así pudiéramos hablar de López y López, de Martín Baró, de Montes. Y también de la señora y su hija asesinadas junto a ellos.

Diría -aunque les pueda parecer petulante- que todos eran hombres de una calidad humana y cristiana extraordinaria. En este caso nos han privado de los mejores cuadros que teníamos para dirigir a una universidad. Pero al ver esa sangre derramada, esa sangre que se une a la sangre del pueblo salvadoreño, tenemos que decir: ¡bien derramada está esa sangre!... Mal estaría la Compañía de Jesús si la sangre de sus hijos no se mezclara con la sangre de los pobres al luchar por la justicia y por la paz.

Y fue precisamente la muerte la que más les unió a los pobres. Decía también el arzobispo Romero que en El Salvador la autoridad es como las culebras: sólo pica a los descalzos. Eso es lo que ha sucedido en El Salvador: son decenas de miles de muertos pobres. Y la Iglesia, en Romero, en las monjas, en los sacerdotes, en los catequistas, en los jesuitas asesinados, se ha sumado a la sangre de ese pueblo.

No es que sea necrofílico o la sangre me guste. A todos nos repugna la violencia, Pero cuando la violencia institucional se hace tan pesada, se hace tan insoportable, surge una violencia revolucionaria para liberarse de ella, No surge porque nosotros la hayamos predicado. Cuando el pueblo se ensangrenta, porque a esa violencia revolucionaria se

responde con otra violencia represiva, llega entonces la aspiración al diálogo y a la paz negociada.

El acuría propició muchas veces el diálogo y negociación. El fue mediador cuando la hija de Duarte fue secuestrada. Hace apenas un mes volvió a conversar con el presidente Cristiani de la necesidad de diálogo en El Salvador. ¿Cuál ha sido la respuesta?. La muerte para estos hombres. La muerte para quienes querían encontrar salida política justa, negociada, al conflicto salvadoreño.

Y estas muertes, ¿qué sentido tienen, a dónde llevan?. Esta insensatez, ¿llevará a algún lado?. Me parece que es una locura más. Ahora dicen que eran jesuitas guerrilleros, que eran jesuitas violentos, que tenían armas. ¿Se imaginan ustedes a una comunidad de jesuitas en plena guerra, tranquilamente durmiendo en su casa, teniendo armas o siendo guerrilleros?. Estamos oyendo otra vez el cuento de las palomas tirándoles a los cazadores.

Ellos querían la paz para El Salvador. La pedían una y otra vez. No sé que nos vaya a decir más tarde el presidente Cristiani, antiguo alumno de la Compañía de Jesús en la Universidad de Georgetown. Alguna versión, creo, querrá darnos. Pero lo cierto es que estos hombres murieron buscando la paz, anhelando el bien del pueblo salvadoreño, anhelando una paz justa.

Y ante esta tragedia, nosotros cristianos, nosotros sacerdotes, ¿qué vamos a pedir?. ¿Más sangre?. ¿Vamos a decir que queremos venganza, que caiga fuego del cielo para aniquilar a quienes han hecho semejante acción?. No. Nuestra respuesta es: queremos la paz y seguiremos luchando por la paz. Hasta el último de nosotros, como los Macabeos, dispuestos a luchar por la paz. Y nosotros queremos ser soldados de esa paz y estar dispuestos a dar nuestro testimonio como lo dieron nuestros hermanos en El Salvador, buscando la paz en justicia. Ellos han sido mártires, como tantos otros, porque han querido servir a la fe, promoviendo la justicia. En este caso particular, luchando por una paz justa.

No quiero que esto degenera en mitin político

ni mucho menos. He tratado de dar a mis palabras un profundo sentido religioso y no deseo que se malinterprete a la Compañía de Jesús, a la UCA o a los jesuitas. Queremos la paz y la queremos valientemente. Y por la paz vamos a luchar y por la paz vamos a morir. Porque no nos echarán para atrás. Lo único que quisiéramos es que esta sangre derramada se convirtiera en agua fecunda, para que, por fin, esa yerba, esa flor de la paz, pueda florecer en Centroamérica. Y por eso estamos dispuestos a poner nuestros talentos, lo poco o mucho que seamos, lo poco o mucho que sepamos, hasta las últimas consecuencias.

Comunidad Universitaria: Estos hermanos eran universitarios. A eso habían dedicado su vida, querían formar cuadros excelentes para El Salvador, cuadros excelentes para Centroamérica. Nosotros, quizá, les seguimos muy de lejos y muy malamente pero también tenemos esa convicción. Queremos formar esos cuadros excelentes para esta Nicaragua. Queremos formar a ese hombre nuevo y a esa mujer nueva de la que tanto hablamos y predicamos.

Quiero terminar agradeciendo al pueblo de Nicaragua su presencia aquí esta noche. Yo siento, y no es retórica, que el cariño de ustedes es más grande que nuestra entrega. Esta mañana temprano muchos empezaron a llamar para ver cómo estábamos. Muchos de ustedes han querido venir y celebrar esta Eucaristía con nosotros, poniendo sobre el altar la sangre de Cristo y la sangre de nuestros hermanos. Usted, presidente Ortega, llamó para expresar sus condolencias a la Compañía de Jesús. Usted, Dr. Ramírez, hizo lo mismo y así otros ministros. También los pobres, los trabajadores de la Universidad, los barrenderos, los jardineros. Y esto no tiene precio. Este pueblo, "hecho de vigor y de gloria", sabe ser agradecido.

Nosotros quisiéramos responder al agradecimiento con una medida mayor de entrega y de generosidad al servicio de este pueblo, imitando a nuestros hermanos mártires de El Salvador.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.